

ELOGIO DEL DR. EVARISTO GARCÍA

Por el Profesor *Edmundo Rico*.

Discurso pronunciado el 17 de noviembre en la Academia Nacional de Medicina, con motivo de la sesión extraordinaria en honor del gran científico vallecaucano.

Señoras, señores:

Conmemora hoy la república —y muy notoriamente, desde luego, el departamento del Valle del Cauca— el centenario natal de un varón que viviera para la ciencia y la investigación, para la patria y la sociedad. Evaristo García.

Cuando merced a la ley número 66 del 22 de septiembre de 1867 se creaba la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia, un joven caleño, Evaristo García, destacóse, sostenidamente, entre el fogoso equipo de discípulos que por entonces en la Facultad de Ciencias Naturales y Medicina, modelaron las enseñanzas doctas de Antonio Vargas Vega, Abraham Aparicio, Manuel Plata Azuero, Francisco Bayón, Liborio Zerda, Nicolás Osorio y Rafael Rocha Castilla.

Doctorado el 18 de febrero de 1872, no tardaba Evaristo García por el querer de su inteligencia, de su voluntad y aptitudes pedagógicas en llegar a la cátedra de clínica médica en el Hospital de San Juan de Dios. Eran, precisamente, aquellos tiempos de oro de la medicina francesa, en los que Trousseau, Peter, Grissolle y Jacoud, partían el sol de la ciencia gala. Evaristo García dióse en cuerpo y alma a infundir en sus discípulos la esencia tan fértil como renovadora del latino diagnóstico. Y no satisfecho con ello, el profesor García fundó y dirigió, en asocio del gran Plinio Rengifo, el curso de anatomía patológica del que tanto había menester la Facultad. Desde estas dos cátedras —clínica interna y anatomía patológica— vale decir, desde el sistema somato-psíquico que sufre y demanda al dúctil diagnóstico diferencial el auxilio aleatorio de la terapia, hasta la confirmación de la táctica y técnica clínicas allá en la yerma plancha anatómica en donde el organismo fenecido, exhibe, de par en par, el palpitante corolario de lo que es la vida,

Evaristo García, desplegaba, prolijamente junto con la densidad creciente de su saber, la hipertonia anímica del optimismo patrio, enhebrados ambos en el fluir ardoroso de su actividad creadora.

Las enseñanzas del doctor Evaristo García en la Facultad de Ciencias Naturales y Medicina de Bogotá, llevan, por así decirlo la marca de fábrica indeleble e indestructible de la escuela francesa. Y ello no es de extrañar, pues que en la inmortal Lutecia, los profesores del joven médico vallecaucano habían apuntalado la arquitectura de sus inteligencias clínicas lo mismo en la diafanidad que en la sutileza intuitiva e infinitamente fecunda de Javier Bichat, Claudio Bernard, Laenec y Luis Pasteur.

Y es que la medicina francesa tiene por goznes la inteligencia que piensa, medita o discrimina; la imaginación que por el caleidoscopio incesante de las senso-percepciones, condensa, sintetiza, crea; y la afectividad que por el crepitar emocional de los sentimientos, hace del enfermo un sér humano y no una máquina de fofa experimentación ni menos un ente oportuno para inmisericorde explotación diplomada.

Tal era el derrotero pedagógico que en su clínica médica se impuso, desde mediados de 1872, el profesor Evaristo García. Del selecto auditorio que escuchaba, asiduamente, aquellas lecciones, tres alumnos sobresalían así por la viveza de su inteligencia como por la agilidad intuitiva que desde entonces mostraron para el diagnóstico. Ducho observador de los hombres, y por ende, experto olfateador del futuro, Evaristo García, estimulaba, ahincadamente, las primicias mentales de estos tres discípulos suyos que —no obstante poseer diferentes temperamentos y caracteres disímiles— los tres coincidían en la misma innata vocación médica. Estos discípulos predilectos del profesor García —tallados clínicamente por él— y que con el devenir del tiempo fueron eximios catedráticos de nuestra Facultad de Medicina, se llamaban Juan David Herrera, José María Lombana Barreneche y Pablo García Medina.

A medida que transcurren los años, la figura procerca de Juan David Herrera adquiere más indelebles matices en el glorioso escudo científico de la medicina nacional. Su talento altivamente orgulloso pero de exquisito buen tono; la envidiable ley de gravedad ética que regía todos y cada uno de sus movimientos intelectuales; su independiente ideología, fueron atributos incommovibles de su personalidad ejemplar.

Pocos profesionales nuestros han dominado los estudios anatómicos con la maestría de Juan David Herrera. Y esta pericia en la contabilidad integral del cuerpo humano, debíasele, en gran parte a la destreza anatómica de Evaristo García. Juan David Herrera fue un estupendo profesor de anatomía y se ha dicho que el tra-

segar incesante de su escalpelo por los vericuetos de la disección, lo condujo a la desolada filosofía materialista. Error. Y muy grave error. Herrera fue determinista y, más que determinista, fue positivista. A ello lo llevaron sus búsquedas de la causa al efecto, y sobradamente, esos amortiguadores del empirismo mágico que son la



Dr. EVARISTO GARCÍA

(Fotografía tomada en París. Año de 1876).

observación y la experimentación, bases irrecusables de los postulados científicos. Confundir, mistificar el materialismo con el positivismo equivale, ni más ni menos, que a confundir la metafísica con la biología.

Dilatadas y fructíferas resultaron siempre las exploraciones de Juan David Herrera por los suelos y subsuelos límites de la medicina. Nunca vivió al socaire de las labores y deberes agobiantes que ella demanda. Libró exitosas justas con la entonces espectacular y peligrosísima cirugía; lustró magníficamente, sus avizores sentidos externos e internos en la diagnosis de las enfermedades y, como profesor de medicina legal, hizo de su cátedra torreón estelar en donde campeaban, airosamente, junto con su erudición galénica, profundos conocimientos de los problemas judiciales, amén de acertadas normas sobre profilaxis social. Juan David Herrera fue humanista, científico de acrisolado cuño y cuyo diapason interior estaba burilado por no escasas vetas de idiosincracia artística.

El otro discípulo de excepción —alentado, adivinado y guiado, igualmente, por el profesor Evaristo García— fue José María Lombana Barreneche, príncipe de la clínica, cuya figura austera y agresivamente cerebral, representa, sin lugar a duda, el genio médico más grande habido en Colombia.

Cráneo dolicocefalo, elocuentemente dolicocefalo que apenas sí podía sostenerse sobre el corte elevado de los hombros; rasgos tajantes, angulosos, porque en este varón que hubiese ensalzado Plutarco, todo era ángulos y líneas rectas, todo era, por así decirlo, geometría espiritual y somática; todo huía de la esfera y buscaba la arista; todo acusaba “inteligencia poliédrica”, valiéndome, aquí, del término feliz puesto en boga por Luis López de Mesa.

En el agudo, rectilíneo y cortante mirar de Lombana Barreneche había algo del escapelo que diseca, de la daga que intimida, del genio que señorea. En sus labios irónicos, en su hidalga barbilla —semejante a un triángulo de nieve— en la agilidad festiva de sus músculos faciales zigzagueaba la ductil, amarga y pesimista filosofía de la experiencia humana.

Medularmente clínico, clínico en la pristina majeza del vocablo, su cátedra del viejo y demolido hospital de San Juan de Dios, simboliza el caduco aéreo de múltiples generaciones médicas. Por cerca de cuarenta años, en aquellas salas destartaladas, José María Lombana Barreneche no solamente “empinóse por encima del hombro de los siglos”, que diría Zea Uribe, sino que imperó como el máximo dominador de la patología. La finura de sus *diagnósticos*, la magistral exposición de la fisiología en los procesos morbosos, la sapiencia clarividente de su dialéctica, la nítida apreciación de los detalles más nimios en apariencia, su verbo sonoro y reposado, sus oportunos paréntesis filosóficos, su lenguaje técnico, sus rebeldías contra la jactancia ex-dómine del laboratorio; en fin, sus arrebatos nobles y hasta sus mismos motivados caprichos fueron brújula má-

gica de una enseñanza que, punto por punto, coincidía con el más jugoso sabor y olor didácticos de la decantada esencia gala.

Pablo García Medina completaba la trilogía de estos sobresalientes alumnos del médico caleño. Varón suave, algo nostálgico, lento en el obrar pero rápido en el pensar, García Medina era el arquetipo del temperamento esquizoide aunque su morfología corporal no correspondiera a los rasgos orgánicos por lo común inherentes a tan nítida modalidad psicológica. García Medina fue un contemplativo, un jardinero discreto de su hermoso mundo interior. De aquí que adquiriera el ritmo inmanente de la sabiduría. La soledad, la meditación, el ensueño eran para él, a la par que fermentos, jugos indispensables para engendrar postulados científicos. El pragmatismo, el menor contacto terreno, siquiera el roce con las glorias humanas, aterían el lujoso brío de sus actitudes intelectuales, en la inmovilidad de la parálisis.

Transitaba por la compleja raigambre de la filosofía, conocía los hontanares de esta veleidosa síntesis de la vida, con pericia única. Empero, el "hobby" de sus estudios radicó y giró siempre en torno de la higiene. La erudición atañedora a problemas de profilaxis social en García Medina, fue sencillamente pasmosa. Con su versación de higienista, con sus monumentales obras al respecto, García Medina obtuvo así en su propia patria como en congresos médicos internacionales, los más prominentes honores que sin que se soliciten ni se aspire a ellos, se otorgan, en veces, a los hombres de ciencia.

Cuando supo el fallecimiento, ocurrido el 19 de junio de 1921 en la ciudad de Cali, de su venerado maestro, el doctor Evaristo García, escribía, al respecto, en "El Diario Nacional" estos párrafos que transcribo como el mejor medallón ofrendado por un prestigioso discípulo a un profesor de élite:

"Vuelto a Colombia, su pluma, maestra y veterana, y su palabra tan brillante como persuasiva, se dedicaron a servir a la patria, no sólo en el campo de la ciencia sino en el estudio de todo asunto que pudiera afectar los intereses de la Nación. Su actividad fue asombrosa, pues en medio de la vida y a pesar de que su generoso corazón lo llevaba a consagrar sus horas y sus días a servir a todas las clases sociales para llevarles el consuelo de la ciencia, enriqueció la literatura científica de Colombia con estudios que serán siempre título de gloria para su autor. Trató su pluma todos los grandes problemas de nuestra patología. Las enfermedades del hígado en nuestros climas cálidos; el paludismo en nuestras más ricas regiones; la lepra, la tuberculosis, las infecciones tíficas; las enfermedades de la piel, peculiares en algunas de nuestras provincias; todos estos fueron temas en que hizo brillante su grande ilustra-

ción y aquel criterio general que lo colocó a la cabeza de nuestros escritores científicos”.

“Dotado de un poderoso talento, de una altísima imaginación y de una palabra tan fácil como elocuente, supo dar a sus conferencias y a sus escritos, la forma elegante, austera y penetrante que exige la ciencia grave y difícil a la que consagró su inteligencia. Como cirujano ocupó también el doctor Evaristo García uno de los primeros puestos entre nuestros profesores; él practicó la cirugía con atrevimiento fundado en sus grandes conocimientos anatómicos y en las excepcionales dotes de clínico que le caracterizaron”.

En esta forma concisa, Pablo García Medina dejaba engastada la obra fecunda de su maestro. Mas, es preciso hacerla resaltar aún. En 1875, el clínico vallecaucano emprendía viaje de estudios de perfeccionamiento hacia Europa. Por aquel tiempo, en París, la figura romana de Charcot, imperaba, mundialmente, desde la legendaria cátedra de la Salpêtrière, con su autoridad arrogante, indiscutida e indiscutible en asuntos de patología nerviosa. Cual nueva Minerva salida del cerebro de Júpiter, Charcot acababa de crear, íntegramente, esa agorera enfermedad que se denomina esclerosis lateral amiotrófica. El héroe mitológico de la Salpêtrière, disertaba, así mismo, sobre la siringomielia y el panadizo analgésico de Morvan. La controversia iba planteada entre algunos partidarios de la identidad de estas dos enfermedades con la lenta mutilante y otros, los más, que sostenían la etiología diferente de las tres entidades nerviosas.

El doctor Evaristo García, experto en la diagnosis del mal de Hansen, y convencido, por la sola observación clínica de que el famoso panadizo de Morvan era nada menos que nuestra lepra tropical mutilante, osó, con el apoyo de algunas preparaciones anatomopatológicas que había traído desde Colombia, comunicarle su certidumbre, al respecto, al profesor Charcot. Y fue tal el asombro de este semidiós galo cuando escuchó aquellas observaciones saturadas de lógica que a poco de oírlas, invitaba a nuestro compatriota nada menos que ante la Academia de Francia para que allí disertara sobre la lepra antonina o mutilante como la bautizara el mismo doctor García.

Nunca olvidó Charcot a este colombiano famoso y cuando ulteriormente en Francia, el profesor Miguel Rueda Acosta ligaba contacto con él, este hombre orgulosamente admirable y admirablemente orgulloso, le aconsejó que eligiera como tema de grado, el de “Lepra nerviosa de los países tropicales” en que tan verazado era el doctor Evaristo García. Y así se hizo.

Un técnico, universalmente conocido por sus estudios sobre la enfermedad de Hansen, el turco Zambaco Pachá, en su admirable

obra, "La lepra a través de los siglos y de las naciones", publicada en 1914, se expresa así en la página 610: "Desde 1876, el doctor Evaristo García, de Colombia, demostró en la Sociedad Anatómica de París, que estas alteraciones óseas provenían de los leprosos llamados antoninos en Colombia".

De regreso a su patria, el profesor García radicóse, definitivamente en Cali, la ciudad en que el 17 de noviembre de 1845 se meciera su cuna. Prefería a los oropeles tornadizos de mejores centros, el dulzor de su patria chica quizá porque el sentido barresiano de la tierra y de los muertos —pésele a la genial morbosidad de André Gide— liga ciertas naturalezas a su habitáculo natal con tan eximios lazos de sangre que romper estas ataduras, equivaldría a la postre, a menguar la propia nacionalidad.

Sería labor de larga travesía, si mencionase uno a uno, los trabajos científicos de Evaristo García, publicados en el lapso de diez lustros. Bástame citar, entre otros, sus estudios "Sobre el Beriberi en Colombia, los Gusanos urticantes del Valle del Cauca, el Plátano en Colombia y los Ofidios Venenosos del Cauca".

Su monografía acerca de los Ofidios Venenosos del Cauca publicada en París, por la imprenta Bouret está agotada. Apenas sí en el Instituto Butantam del Brasil, queda algún ejemplar del que se propone el afecto filial de Demetrio García Vásquez, obtener la reimpresión.

Y qué tan enjundioso será este trabajo sobre los Ofidios venenosos del Cauca, cuando la célebre científica francesa, la señora María Phixalis, en su conocido libro, "Animales venenosos y venenos", enhebra en torno de él, la más cálida y honrosa citación.

La sabiduría del doctor Evaristo García iba respaldada en el arco toral del honor, la dignidad y la bondad. Ejerció sus luminarias médicas no como lucro sino como función social. Gratas, muy gratas épocas las de otrora, cuando el verdadero galeno, el médico de familia, de sombrero de alta copa y levita, de rostro todavía no rasurado, iba de hogar en hogar, de villorio en villorio, al pasitrote de suave y filosófica jaca, de esos equipos tan portentosamente descritos en "El Moro", por Marroquín, y que evocan, no propiamente el melancólico rocinante de Zuloaga sino el consentido amable y bien vitaminado Guillivier de la Yerbabuena "en servicio médico".

El malogrado profesor Juan N. Corpas, en su interesante opúsculo "Resumen histórico de la enseñanza de Medicina desde la época de la Colonia hasta la fundación de la actual Facultad" reseña —en el estilo minucioso y vocacional de historiógrafo que tanto caracteriza a su discreta hiperemotividad— las primeras andanzas tendientes al nacimiento de la actual academia nacional de medicina "el día 3 de enero de 1873, a las siete y media de la noche, se

reunieron en la sala de la casa del doctor Abraham Aparicio los doctores Manuel Plata Azuero, Nicolás Osorio, Liborio Zerda, Abraham Aparicio, Leoncio Barreto, Evaristo García, Pío Rengifo y Rafael Rocha Castilla con el fin de fundar la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales; provisionalmente fue nombrado presidente de la Sociedad el doctor Manuel Plata Azuero y secretario el doctor Aparicio; el doctor Zerda fue comisionado para redactar el reglamento. Se acordó editar un periódico, "La Revista Médica de Bogotá", de la cual fue primer redactor el doctor Pío Rengifo".

"La Sociedad se instaló definitivamente el 9 de febrero de 1873 y siguió funcionando regularmente, laborando con fruto en el campo de la medicina y de las ciencias naturales, de que dan fe las numerosas e importantes publicaciones que en su Revista oficial aparecieron; en fin, la Sociedad fue oficialmente reconocida por el gobierno y elevada a la categoría de Academia Nacional de Medicina por medio de la Ley 71 de 16 de noviembre de 1890".

De modo, pues, que Evaristo García, a más de ser fundador de la Academia Nacional de Medicina de Bogotá, fue miembro honorario de la misma; fundador de la Sociedad de Medicina del Cauca; miembro honorario de la Academia de Medicina de Medellín y de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Cartagena; presidente del primer congreso médico nacional reunido en Bogotá el 20 de julio de 1893; fundador y primer presidente del Centro Vallecaucano de Historia y Antigüedades y Delegado al Congreso médico de Lima en 1913, en cuyo seno destacóse por sus exposiciones sobre esplenectomía o ablación de bazo, mayormente por haber sido el primer cirujano, que en Popayán, desde 1877 extirpara este órgano hematopoiético en una leucemia palúdica con eficientes resultados.

Es en extremo placentero y rememorativo para los anales de la Academia Nacional de Medicina, consagrar esta sesión extraordinaria al profesor Evaristo García, no solamente por ser él su fundador y miembro honorífico sino uno de sus más gallardos, de sus más lujosos exponentes científicos.

Por estos tiempos vesánicos y cruentos en que acentúa sus desequilibrios el Cosmos, nada que conforte tanto —siquiera sea por algunos momentos— el ánimo conturbado como el rememorar la vida y las obras de ese colombiano ilustre que fue Evaristo García. En verdad que si él, como buen patriota, conoció y supo de las amarguras anejas a las subintrantes contiendas fratricidas de entonces, ignoró el dramático colapso ecuménico de esta civilización contemporánea, de esta etapa pre-agónica de la sociedad en que no solamente se desintegran los átomos físicos sino —lo que es todavía más grave— se dislocan los átomos psíquicos. Tal vez Evaristo Gar-

cía por haberla experimentado finalmente en su patria, creyó en la paz gregaria, fenómeno imposible de sostener ahora, pues mientras hoy se hipertrofia, más que nunca, el instinto biológico combativo-defensivo que impele a los seres vivientes a destruirse entre sí (y los instintos biológicos únicamente los aniquila la muerte), los hombres de buena voluntad que anhelan una paz eterna apenas si logran respirar en una incubadora de utopías....

Y es que, por paradójico que el hecho parezca, sólo hay una paz en esta tierra, una paz que a la vez que ejemplariza, inmortaliza: la que provoca la conciencia del deber intensamente cumplido. Ella es privilegio de algunos seres de excepción: la serena paz espiritual que oreó la vida de Evaristo García.